

diré que antes de dejarme hacer ropa por Skinner, hubiera preferido que me encerraran en un calabozo.

Estas observaciones del viejo marinero nos presentan á Skinner como un manjar poco apetitoso. Yo, he de ser franco, he de confesar que no creo que el guarda volviese á la granja experimental; creo más bien que andaría rondando por las inmediaciones de Hickleybrow, y que al escuchar luego los chillidos misteriosos, se decidiría y haría rumbo hacia... lo desconocido, y que, bien en este mundo, bien en otro, ignorado de los mortales en la tierra, sigue aun con tenacidad en lo desconocido.

CAPITULO TERCERO

LAS RATAS GIGANTES

I

Pasadas dos noches desde la desaparición de Skinner, ya de madrugada, el médico de Podbourne se dirigía en un pequeño coche en que acostumbraba á ir á visitar los enfermos que vivían lejos de Haukey; todas las noches visitaba á uno de ellos, y, terminada la visita, regresaba á su casa rendido y muerto de sueño.

Eran ya las dos de la madrugada, como hemos dicho; la luna en menguante se alzaba con pereza sobre el horizonte, y una niebla bastante densa desvanecía las aristas de las casas y las sumía en esa tenue vaguedad que las hace borrosas.

El médico tenía enfermo al cochero, é iba, por lo tanto, solo; á tales horas y por semejante

sitio únicamente se columbraba el matorral, lleno de misterio, á uno y otro lado del camino, sobre el cual proyectaban su luz débil y amarillenta los faroles del carruaje, y únicamente se oía el ruido de las ruedas de éste y las pisadas del caballo que tiraba de él, caballo en quien confiaba el doctor tanto como en sí mismo, y esto explica que el bueno del doctor se entregara con placidez al sueño.

Pero todos sabemos lo que es el sueño yendo en coche; bórranse las ideas poco á poco, déjase caer la cabeza oscilando al compás de las ruedas y la barba casi toca con el pecho; pero cualquier sacudida, hace que alcemos repentinamente la cabeza, que abramos los ojos con expresión de espanto, y que nos preguntemos qué habrá sido aquello. El viajero, en tales casos, afianza las bridas, se forma el propósito de no volverse á dormir, y exclama:

—¡Caballo!...

Pero al doctor no le sucedió aquello únicamente, sino que le ocurrió mucho más; le pareció oír junto á sí un grito agudo y lastimero, que le hizo abrir más los ojos. Reprendió sin razón al caballo y miró en torno suyo; no le quedaba duda de que había oído un grito, un chillido, algo, que lo mismo podía haberlo producido una zorra que un conejo al que hubiera cojido un hurón. ¿Qué habría sido?

—¡Caballo! — volvió á decir en voz alta el

médico que no podía desvanecer en sí la impresión de haber oído algo, y hasta de haber visto por entre el matorral una cabeza de animal muy grande, con ojos redondos...

—¡Qué cosa tan ridícula es el miedo!

El doctor volvió á mirar, y... nada, no vió absolutamente nada.

—¡Qué majadero soy! — murmuró.

Pero no obstante la creencia de que estaba bajo la impresión de una pesadilla, vigiló con atención, arreó otra vez su caballo con la voz y con el látigo, y volvió á inspeccionar con la vista el matorral, pero la escasa luz de los faroles y la espesura de la niebla, no le permitieron descubrir nada. El sueño desapareció naturalmente de sus párpados; sintió cierta preocupación, y no bastó para aplacar la fuerte excitación de sus nervios el discurrir que si el caballo hubiera visto algo que no hubiera sido común y corriente, se hubiera espantado.

Pensando en esto, oyó como si alguien corriera siguiendo el coche, y no queriendo fiarse de sus oídos, miró en derredor suyo, pero fué bien poco lo que pudo ver; verdad es que en aquel momento seguía una curva muy pronunciada que formaba el camino; le dió al caballo un par de latigazos y volvió á mirar con más atención á derecha é izquierda; entonces distinguió, en la faja de luz proyectada por el farol en el matorral, el lomo

arqueado de un animal gigantesco que avanzaba á saltos convulsivos.

Cuando más tarde refirió el doctor esta aventura, dijo que en aquel instante acudieron á su memoria los cuentos de brujas, pues el animal que había visto era diferente de cuantos conocía, y que, temeroso de que el caballo se espantara, lo refrenó instintivamente. Como hombre observador y reflexivo se preguntó si el noble bruto podía seguir con tanto sosiego su marcha, sin darse cuenta instintiva del peligro.

El médico acababa de atravesar una cerca, cuando el monstruoso animal, que ya estaba muy próximo al coche y que no era sino una rata gigantesca, saltó sobre una de las ruedas.

La luz del farol, que dió de lleno en su cuerpo, iluminó al monstruo. El médico pudo ver entonces una cabeza muy aguzada por la parte anterior hasta concluir en un hocico en punta, unas orejas redondeadas, unos ojos vivísimos, centelleantes y codiciosos y un cuerpo largo, muy largo, extraordinariamente flexible.

Pero lo que más llamó la atención del médico fué la membrana interdigital de que se hallaban provistas las patas del monstruo, que no creyó que fuese una rata por su excesivo tamaño.

El caballo se encabritó, y por un momento se produjo en aquel reducido espacio gran confusión y no poco ruido con el chillar del roedor, el crujir

del cochecillo, el restallar del látigo y los gritos del doctor. La lucha fué reñida, y rápida como un relámpago. El agredido se puso en pie, dió un grito á su caballo y descargó sobre la rata un latigazo tremendo. Esta se desvió por la impetuosa fuerza del golpe, y el médico se ensañó con ella, sin fijarse en que una segunda rata había logrado subirse á una de las varas del coche y hacía presa en el cuello del caballo.

El doctor vió á su enemigo hundirse de nuevo en la sombra. Entonces soltó las riendas y miró atrás, procurando descubrir si algún otro animal de aquellos le perseguía. El caballo piafaba, botaba de dolor y hacía brinca descompasadamente el carruaje; hubo un instante en que todo anduvo saltando violentamente.

Luego emprendió el caballo una velocísima carrera, entrando á poco en Hankey; allí cayó el noble bruto para no levantarse más, volcando el coche.

Nadie sabe cómo pudo ocurrir tan extraña caída, ni es fácil averiguar si el caballo tropezó ó, si la rata, al morderle en el cuello, le cortó alguna arteria importante que debilitara sus fuerzas.

Es más, el doctor no sabía que él mismo estaba herido en un hombro. No lo supo hasta que entró en casa de un alfarero de Hankey, ni se dió cuenta del momento en que fué mordido, aunque la herida era de alguna consideración.

Lo único que recordaba era que al llegar frente

á la casa del alfarero, se encabritó el caballo; que él saltó á tierra, y que vió venir en dirección suya, como una flecha, otra enorme rata, que saltó sobre la rueda del cohe. Tan rápidas fueron las impresiones recibidas por el doctor.

Yo creo que el caballo, al encabritarse, llevaba aún la rata colgada del cuello, y que el peso de esta le hizo caer de costado, volcando el carruaje. El doctor debió adivinar el peligro y se echó al suelo instintivamente. En el momento del vuelco, cayó á tierra uno de los faroles, rompiéndose é inflamándose el petróleo. Esto fué lo primero que vió el alfarero, pero ya había oído el ruido y los gritos del doctor.

Al estrépito, seguido casi inmediatamente del vuelco del coche, el alfarero saltó de la cama hacia la calle, en el momento, como ya hemos dicho, en que el petróleo inflamado se desparramaba por el suelo elevando llamas deslumbrantes. Según testificó el buen hombre, la claridad era mayor que la del día.

El alfarero permaneció mudo, con la vista fija en aquel espectáculo que más tenía para él de pesadilla que de realidad. La silueta del doctor se movía delante del fuego enarbolando y haciendo girar con rapidez el látigo, el caballo coceaba en la agonía, medio oculto por la brillante llama, y con el tenaz roedor agarrado aún en el cuello. Más allá, en la obscuridad, junto al muro de la iglesia,

brillaban siniestramente los ojos de otro de aquellos monstruos, y sobre el mismo muro, arañando incesantemente, se destacaba otro terrible bulto negro, cuyos ojos parecían dos luces rojas.

No hay quien no conozca la expresión ansiosa y penetrante de una rata hambrienta, con sus dos dientes agudísimos y sus ojos vivos é implacables. Y pueden ustedes imaginar el efecto que producirían en el ánimo del alfarero aquellas ratas inmensas, agrandadas más aún por la obscuridad y el miedo, por el brillo intermitente de las llamas y por el estado soñoliento del espectador.

El médico aprovechó un respiro para acercarse á la puerta de la casa y aporrearla con el puño del látigo.

El alfarero no quiso abrir hasta que encendió una luz; y este retraso, dadas las peligrosas circunstancias del momento, se lo censuran algunas gentes con dureza. Yo no me atreveré á censurarlo mientras no conozca mi propio valor en circunstancias análogas.

El doctor rugía y llamaba desesperadamente; y hasta lloraba de espanto, según confesión del alfarero, cuando éste abrió la puerta.

— ¡Cierra! — gritó el doctor. — ¡Cierra!

Ni siquiera pudo decir: *Cierra la puerta*. Le faltaron alientos para ello.

El alfarero cerró, y el recién llegado tuvo que sentarse antes de subir la escalera.

—¡No sé, no sé lo que *son!* — dijo el médico desplomándose sobre la silla y recalando la palabra *son*. — No sé lo que *son*...

El alfarero quiso darle *whisky*; pero el doctor se negó á que se llevara la luz, y pasó aún mucho tiempo antes de que pudiera subir la escalera.

Cuando se extinguió el fuego de la calle, se acercaron las ratas al coche y la emprendieron con el caballo muerto; lo arrastraron á lo largo del muro hasta el tejaz, y allí lo devoraron hasta saciarse, sin que nadie se atreviera á molestarlas...

II

Al día siguiente llegó Redwood á casa de Bensington á las nueve de la mañana, llevando en la mano la segunda edición de tres periódicos de la noche anterior.

Bensington se hallaba sumido en profundas meditaciones sobre las páginas de la novela más sensacional que el bibliotecario de Brompton Road había podido encontrarle. Al entrar su amigo levantó la cabeza y preguntó:

—¿Hay algo nuevo?

—Dos hombres heridos por las avispas.

—¿Dónde?

—En los alrededores de Chartham.

—¡Debían permitirnos quemar aquel maldito avispero! Ellos mismos tienen la culpa de lo que les pasa.

—Sí, señor, ellos tienen la culpa — dijo Redwood.

—¿Qué hay sobre la venta de la granja?

—La agencia de arriendos traga que es una

bendición... Dice el agente que lo primero es la casa, su propia casa, y no quiere comprender que es preciso tomar una medida decisiva... Yo dije en las oficinas que el asunto era de vida ó muerte. ¿Y sabe usted lo que me contestaron? ¡Que por qué no dábamos los otros cinco mil francos!... Le digo á usted que antes de ceder á lo que pretende aquel imbécil, preferiría vivir con el mundo lleno de avisvas. Le aseguro á usted, que...

Redwood interrumpió bruscamente el discurso tal vez porque lo poco delicado de las palabras que iba á pronunciar, pugnaba con la hermosa sencillez que le bullía en el magín.

Bensington replicó:

—Es que el día menos pensado puede ocurrir que una de esas avisvas...

—Las avisvas no tienen peor idea de la utilidad pública que una agencia de arriendos — interrumpió Redwood.

Y volvió á su interminable perorata. Habló de las agencias, de los procuradores y de otras gentes de la misma estofa, diciendo que muchas de esas personas hablan de negocios y cálculos según les parece, y añadió:

—De tantas cosas torcidas como hay en este torcido mundo, la que me parece más deforme y contrahecha es el atribuir á un doctor ó un soldado el valor, la virtud y la honra, y que, en cambio, de un procurador ó de un agente de

arriendos no podamos esperar otra cosa que un imbecilidad grosera, voraz y formidable.

Redwood, altamente excitado, se aproximó á la ventana y se quedó un instante como distraído con el movimiento de la calle.

Bensington había dejado la sensacional novela sobre la mesita que le servía para sus experimentos, cruzó ambas manos, y quedó mirándose con profunda atención.

Pasado un momento, dijo:

—Y, dígame usted, Redwood, ¿se habla mucho de nosotros?

—Sí... Es decir, menos de lo que yo esperaba.

—¿Y no nos denuncian?

—No, señor... pero tampoco apoyan los periódicos lo que yo indico que debe hacerse... Ya sabe usted que he escrito á *The Times* historiando todo el asunto.

—Nosotros recibimos *Daily Chronicle* — dijo Bensington.

—Sí. Pero *The Times* publica sobre esta cuestión un larguísimo artículo, muy bien escrito por cierto, proclamando el *statu quo*. El artículo no lleva firma; pero parece escrito por persona importantísima. Nada de aspavientos, nada de excitaciones violentas; se llenan columnas y columnas sin dar aparentemente al asunto la menor importancia; pero ¡hay que leer entre líneas, amigo mío! Y leyendo entre líneas se ve muy claro que *The*

Thimes no quiere empequeñecer la cuestión y cree que se debe hacer algo en seguida. ¡Como que en el artículo se ve muy bien la mano de algún encumbrado político!

—Y esa enormidad se irá extendiendo mientras tanto en toda clase de formas y de un modo desagradable — dijo Bensington muy preocupado.

—Eso es: de un modo desagradable.

—Sería cosa de maravillarse, si en lo de las ratas hubiera tenido razón Skinner.

—¡No, no; eso sería ya demasiado! — replicó Redwood yendo á colocarse junto á la silla de Bensington, y luego añadió bajando mucho la voz y señalando la puerta de la habitación. — ¿Qué dice ella?

—¿Quién? ¿mi prima? No sabe ni media palabra ni supone que esos hechos tengan relación alguna con nosotros; no quiere ni leer los artículos, y cuando tropieza con algo que trata de avispa gigantes, dice que no tiene paciencia para leer el periódico.

—Es una fortuna para nosotros.

—Supongo que su señora de usted...

—Le pasa lo que á su prima Juana; ahora está atareadísima con su hijo; ya sabe usted que ella es la que se cuida de él.

—¿Sigue creciendo?

—Extraordinariamente. Calcule usted: cuarenta y una onzas en diez días; pesa ya cerca de vein-

tiocho kilos y aun no tiene más que seis meses... ¡Es una cosa alarmante!

—¿Pero está fuerte y bueno?

—Está como un toro; la nodriza lo tiene á veces que dejar, porque le muele el cuerpo á patadas... Es cosa que hará época en los anales del desarrollo físico... Ha habido necesidad de hacerle vestidos nuevos porque todos se le han quedado pequeños... El otro día se le rompió una rueda del cochecillo en que iba y hubo que llevarlo en el carro de una lechera, como usted oye, é inútil es decir que fué el asombro de todo el mundo, de un gentío inmenso... A Georgina ha sido necesario trasladarla á la cuna del niño y poner á éste en la cama de Georgina. Su madre está verdaderamente asustada, y dice que esa manera de crecer no es natural ni puede ser saludable. Antes confiaba en Winkles, pero ahora, ni por pienso... En fin, ya lo sabe usted.

—Yo estaba en la inteligencia de que había usted disminuído la dosis.

—Traté de hacerlo.

—¿Y qué resultó?

—Que el niño ahullaba: los niños tienen, ordinariamente, el grito agudo, penetrante, como debe de ser, y como antes lo tenía; pero desde que ha tomado la heracleoforbía...

—¡Hum! — exclamó Bensington contemplándose las manos con más resignación que antes.

—Y ello es que la cosa se ha de saber al fin y al cabo — dijo Redwood. — Ya hay personas que desean conocer al muchacho y saber lo que hace. Y el caso es que empiezan á relacionar este fenómeno con el de los pollos y las avispas, y que todo el mundo gira ya en torno de mi mujer, la cual no sé qué dirá cuando se dé cuenta...

—Es muy difícil trazar un plan — exclamó Bensington quitándose las gafas y limpiándolas con cuidado, — muy difícil — y añadió luego con gravedad. — Esa criatura es una prueba concluyente de nuestro triunfo ¡pero qué prueba! Nosotros, hombres de ciencia, si es que yo puedo llamarme también así, trabajamos siempre en busca de un resultado teórico, puramente teórico; pero en esta ocasión, aunque incidentalmente, hemos puesto en actividad fuerzas reales, fuerzas *nuevas*... ni nosotros debemos investigarlas, ni creo que nadie deba hacerlo... Prácticamente, amigo Redwood, la cosa está fuera de nuestro alcance; no hacemos más que suministrar los materiales...

—Eso es — dijo Redwood volviéndose hacia la ventana, — nosotros suministramos los materiales y otros realizan las experiencias.

—Pues mientras dure toda esa confusión que reina en Kent, yo no me hallo dispuesto á molestar más á nadie.

—Eso será en el supuesto de que no nos molesten á nosotros...

—Naturalmente, porque si se empeñan en fastidiarnos con procuradores y abogaduchos de mala muerte y con obstrucciones legales ó con majaderías, ¡le aseguro á usted que hasta que tengan un sinnúmero de especies de bicharracos como esos!... En fin, Ya sabe usted, Redwood, que todas las cosas pueden encenegarse.

—Sí, sí...

Y Redwood trazó en el aire una línea muy retorcida.

—Nuestro interés descansa ahora en ese muchacho — dijo Bensington.

Redwood se volvió hacia su ilustre colaborador y le reguntó:

—¿Y qué piensa usted? Usted puede ver el asunto con más imparcialidad que yo. ¿Qué hago con el chiquillo?

—Alimentarle, nutrirle bien.

—¿Con heracleoforbia?

—Con heracleoforbia, sí, señor.

—Entonces, seguirá creciendo...

—Según mis cálculos, deducidos del crecimiento de las avispas y de los pollos, crecerá hasta alcanzar una estatura de treinta y cinco pies. Esa es la proporción — contestó Bensington.

—Pero ¿qué va á hacer ese gigante con treinta y cinco pies de estatura? — exclamó Redwood, asustado.

—En eso precisamente estriba todo el interés del caso.

—¡Pero es aterrador!... Digo que es aterrador pensar en vestirle... Y cuando haya llegado el límite de su crecimiento tendrá que pasarse la vida solitario, como un Gulliver en medio de un mundo de pigmeos — observó Redwood.

Bensington miró á su colega por encima de las gafas y dijo:

—¿Por qué ha de pasarla solitario?...

Y luego, con voz sombría, repitió la frase interrogativa, recalcando las palabras:

—¿Por qué ha de pasarla solitario?...

—¿Por qué? — replicó Redwood. — ¿Pues qué se propone usted?

—Digo — repitió Bensington con la satisfacción de quien ha pronunciado una gran sentencia, — digo, que por qué ha de hacer el niño vida solitaria... ¡Es cosa que no puedo comprenderla!

—Entonces, ¡supone usted que se puedan criar otros niños como él!...

—Y al suponerlo no supongo nada que vaya más allá de mis investigaciones.

Redwood empezó á pasear por el cuarto, diciendo:

—Sí, naturalmente... Se podría...

Pero se interrumpió bruscamente y se acercó á la ventana, murmurando:

—¡Calla! ¿qué ocurre?

Bensington se hallaba embebido en altas especulaciones.

—Lo que más me interesa de todo esto, amigo Redwood, es pensar que *su* cerebro, según mis cálculos, se alzaría treinta y cinco pies sobre el nivel ordinario de la cabeza humana.

Luego, observando que su amigo no le atendía, preguntó:

—¿Qué pasa?

Redwood, asomado á la ventana, miraba atentamente un cartelón que se extendía sobre un coche de una empresa periodística.

—¿Qué ocurre? — repitió Bensington levantándose.

Redwood soltó una brusca exclamación.

—Pero... ¿qué es ello?

—Nada, que hay que comprar un periódico — respondió Redwood dirigiéndose á la puerta.

—¡Un periódico! ¿Para qué?

—Un periódico, sí, inmediatamente... He visto algo, he leído algo de *ratas gigantes*...

—¿Ratas?

—Sí, ratas — dijo Redwood excitadísimo. — Skinner, después de todo, tenía razón...

—¿Y qué opina usted de eso?

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Qué diantre voy á opinar sin haber visto aun el periódico? ¡Ahí es nada! Ratas gigantes... ¡No faltaba más sino que se lo hubieran comido!...

Redwood buscó el sombrero y, no encontrándolo, decidió salir sin él.

Bajaba los escalones de dos en dos, y desde la misma escalera oyó el agitado bullir de las gentes y el vocear de los vendedores de periódicos, diciendo:

—¡Horrible suceso de Kent!... ¡Horrible suceso en Kent!... ¡Con todos los detalles de un médico comido por las ratas!... ¡Horrible suceso en Kent!... ¡Un médico despedazado por las ratas en Stchewpendous!...

III

Cossar, el conocido ingeniero civil, encontró en la puerta de la habitación de Bensington á los dos distinguidos profesores: uno de ellos, Redwood, tenía en sus manos el periódico, húmedo aún, y el otro, Bensington, empinándose cuanto podía, leía con avidez por encima del hombro de su compañero.

El ingeniero Cossar era alto, flaco y desgarbado: parecía que la casualidad se había encargado de adherirle los remos al tronco, y sus facciones parecían las de una estatua no concluída y abandonada en el taller por imposibilidad de darle expresión: la nariz parecía querer írsele por un lado y su mandíbula inferior sobresalía más que la superior. Es difícil que nadie, absolutamente nadie, lo hubiera juzgado guapo. Respiraba de una manera ruidosa: el cabello se le escapaba de la cabeza como si marchara en línea recta tocando en el casco tangencialmente, y su voz, que dejaba oír poquísimas veces, tenía un registro bastante alto y un matiz así como de amarga protesta, que

no dejaba de notársele nunca. Vestía americana gris muy ceñida al cuerpo y sombrero de copa.

Se bajó atropelladamente del coche al llegar frente á la casa de Bensington, metió su manaza en el bolsillo del pantalón, pagó al cochero y subió á escape los escalones, extrujando el suplemento extraordinario en la actitud de Júpiter Tonante.

—¿Y Skinner? — preguntaba á la sazón Bensington sin fijarse en la llegada de Cossar.

—Nada dicen de él — contestó Redwood sin dejar de leer. — ¡Tendría, sin duda, el sino de ser comido por las ratas! Quizá le haya pasado lo mismo á su mujer... ¡Esto es espantoso!

Y luego dijo al fijarse en el recién llegado:
¡Hola! aquí tenemos á Cossar.

—¿Es esta la obra de usted? — exclamó Cossar con voz de trueno y agitando el periódico. — Pues bien ¿por qué no la destruyen ustedes ó detienen sus efectos? ¿A quién se le ha ocurrido la majadería de vender la granja?... ¡Quemarla, quemarla de cabo á rabo es lo que se necesita!...

—Pero ¿qué se va á hacer? ¿Por qué?...

—¿Qué se va á hacer? Ir ahora mismo á casa de un armero... ¿Por qué? Por escopetas. Allí hay un almacén de ellas... ¡Pero escopetas grandes, de gran calibre como para cazar elefantes! ¿Comprenden ustedes? Necesitamos ocho, y muchas municiones... ¡Lo dicho: no se compra una escopeta

sin municiones! Se alquila un coche y se llevan... ¿Cuál es el sitio peligroso? ¿Urshot? Pues bien, se transportan á la estación de Charing-Cross, y en el primer tren que salga después de las dos... ¿Han comprendido ustedes? ¡Perfectamente! ¿Licencias? Se sacan ocho de la Administración de Correos: licencias para uso de escopetas, ¿eh? Y no hay que tomar la cosa á broma... ¿Que para qué son las escopetas? Para las ratas... ¿Qué duda cabe? Y escopetas como para elefantes, porque las ratas son inmensas... ¿Qué más?... Usted, Besington, guíeme á la estación telefónica: quiero avisar á cinco hombres de Ealing. ¿Que por qué han de ser cinco? Porque son los que necesito... ¿Adónde va usted, Redwood? ¿Por el sombrero? ¡Vamos, hombre, qué tontería! Tome usted el mío: lo que necesitamos son escopetas, y no sombreros... ¿Llevan ustedes dinero? ¿Llevan bastante? Bien, perfectamente... ¿Dónde está el teléfono?

Bensington, aturdido, se volvió humildemente para guiar al tempestuoso Cossar, el cual, cuando hubo terminado la conferencia, la emprendió de nuevo con el sabio.

—Y ahora debemos hablar de las avispas — dijo, agitando sus largos brazos.—Para éstas azufre y nitro, es lo mejor, y luego yeso... Usted, Besington, que es químico: ¿dónde encontraremos azufre por toneladas, en sacos que no sean de incómodo transporte?... ¿Que para qué?... ¡Dios

nos bendiga! Para ahumar el avispero y asfixiar á los animaluchos... Supongo que lo mejor será azufre, ¿eh?... Usted es químico...

—Sí, azufre.

—¿No hay otra cosa mejor? Perfectamente... Usted se encarga de este asunto... Compre usted todo el azufre que pueda... Y nitro para que arda bien... ¿Que adónde hay que mandarlo? A Charing-Cross. Vigile usted para que no se pierda un minuto: á Charing-Cross en seguida... Y con el azufre, usted... ¿Falta algo?

Cossar quedó un momento pensativo.

—El yeso, pero yeso de buena calidad. Ya sabe usted: para tapar agujeros, grietas, nidos... Esto lo haré yo.

—¿Cuánto? — preguntó Besington.

—¿Cómo cuánto? ¿De qué?

—De azufre.

—Una tonelada: ni un milígramo menos.

Besington extendió resueltamente su mano trémula, entre cuyos dedos temblaban las gafas, y dijo:

—Está bien.

—¿Lleva usted dinero? — preguntó el implacable Cossar. — Hay que llevar cheques... cheques á la vista. ¿Adónde vive su banquero de usted?... Perfectamente... A casa del banquero: se detiene usted un momento y que le dé mil francos...

Cossar se volvió á quedar meditabundo. Luego, añadió con la explosión de una bomba:

—¡Manos á la obra! Si dejamos el asunto en poder de los agentes de la autoridad, se ha perdido todo... ¿Falta algo más?... Nada.

Habían llegado en aquel momento á la puerta de la calle. Cossar extendió el brazo y hizo señas á un cochero.

—¿Coche, señor? — preguntó el automedonte.

—¡Naturalmente!...

Besington, sin sombrero, atravesó el portal y se dispuso á subir al carruaje.

—Creo — dijo con la mano puesta en la portezuela y echando una rápida ojeada á las ventanas de su cuarto, — me parece que debíamos decir algo á mi prima Juana...

—Tiempo tendrá usted de decírselo cuando volvamos — respondió Cossar empujando á Besington por la espalda. — Esos cinco auxiliares son listos, agudos, pero no hay que dejarlos que tomen iniciativas en nada... ¿Oye usted? En nada... ¿Y su prima Juana? En efecto, sí, sí... la conozco... ¡Al diablo con las primas Juanas! El país está infestado de ellas...

Cossar sacó su reloj, y volviendo á sus nerviosas meditaciones, calculó que aun le quedaba el tiempo justo para entrar en un restaurant y tomar alguna cosa, antes de buscar el yeso y dirigirse á Charing-Cross.

El tren salía á las tres y cinco minutos, y Cossar llegó á Charing-Cross á las tres menos cuarto, donde encontró á Bensington en acalorada discusión con dos agentes de policía y con el conductor del azufre á su lado; y á Redwood entre los equipajes, discutiendo también respecto de las municiones. Los empleados exigían no sé qué formalidades para dar salida á las mercancías; y los agentes no entendían de todo aquello, ni se creían con autoridad para resolver el conflicto.

Cossar resolló de una manera ruidosa. Veía que el tiempo venía justo para lo más esencial y tomó rápidamente una decisión. Buscó al jefe de la estación, que se hallaba en un sitio oscuro y apartado, le asió de un brazo, y empezó á recorrer con él todas las dependencias, dando órdenes en nombre suyo, hasta que todos los efectos quedaron metidos en los furgones, y luego se marchó él antes de que el jefe volviera en sí de su asombro y se percatara de que se había violado descaradamente la santa rutina que impera en las estaciones. Cuando Cossar desapareció, el jefe preguntó con cara risueña pero con el entrecejo fruncido:

—¿Quién era ese?

—Un caballero — le repuso un mozo, — viaja en primera.

—Bien: ya le haremos volver con todo lo que se ha llevado.

El jefe dijo esto con satisfacción, y cuando he-

rido como los murciélagos por la luz del día, volvió á su obscuro puesto en aquel digno retiro en que los altos funcionarios de Chering-Cross se guarecen de las indiscreciones del público, aún seguía sonriendo y con el entrecejo arrugado

Lo acaecido tenía todas las apariencias de un ataque á su omnímodo poder, y el jefe hubiera deseado que lo hubiesen visto los periodistas comodones que sin cesar critican la administración de los ferrocarriles.